

he estado en conferencias y he visto cosas que se quedaría usted con la boca abierta si se las contara. Ya sé lo que es la *carrera militar*, amigo Brambila; ya sé lo que es salvarse á uña de caballo, sintiendo que va detrás de uno



un cristiano que trata de darle un mal golpe; ya sé lo que es esconderse en cuevas durante dos ó tres días, comiendo por todo regalo unas gordas nejas y unos frijoles parados...

— Sabe usted muchas cosas, don Manuel, observó

Pepe viendo que la nariz del viejo estaba aumentada de volumen y tan rubicunda que parecía que iba á hacer explosión; sabe usted mucho; pero ¿á qué no sabe por qué damos la vuelta de Monterrey cuando apenas acabamos de llegar?

— ¿Que no lo sé? Le doy santo y seña, y si quiere oirme, véngase junto á mí en todo este camino, que yo le prometo ponerle pando de noticias, y todo de lo más cierto y patente: no más fíese de mí... Figúrese que estoy donde se guisa: mi jefe, patrón, valedor y hasta me atrevería á decir que amigo, don Manuel Doblado, se metió en esto con todas sus ganas y yo lo sé todo por su conducto.

— ¿Por su conducto? Hombre, no me figuraba que don Manuel fuera tan comunicativo.

— ¡Caramba, amigo; á usted hay que ayunarle sus vigiliass! No quiero decir que don Manuel haya ido materialmente, así como estamos usted y yo, á decirme punto por punto: «oiga usted, Amores ó Temores ó Resquemores, que de todos estos modos me llama; esto y lo otro y lo de más allá y que tornó y que volvió». No sea usted tan apegado á la letra; pero como hacen confianza de uno y uno puede colar las narices en cualquier sitio cuando á uno le da la gana, naturalmente, con eso y con el entendimiento que Dios le ha dado á uno para ir engarzando y componiendo cosas, pues llega á formarse idea de todo lo que pasa.

— Bueno, pues cuéntelo usted.

— A eso voy; pero déjeme apretar este contralátigo que va desprendiéndose.

— ¿Ya? Entienda que se me quema la miel.

— Espere, hombre; me falta echar un traguito, que sin él no hay arreglo posible; no espere que sea elocuente ni cosa que lo valga si tengo el gaxate reseco, la lengua como oropel y la boca sabiendo á medalla.

— Ahora sí está despachado.

— Bueno, pues ha de saber usted que este vejancón cara de santo viejo de don Santiago Vidaurri no es general ni nada.

— Sí, hombre, ya lo sabía.

— No es general ni cosa que se le parezca: es un tinterillo, un huizachero, un coyote y nada más. Comenzó siendo secretario de todos los gobernadores de Nuevo León, y como era listísimo en alilayas y picardías, se hizo el indispensable en poco tiempo: nadie como él para enredar una cuestión; nadie más fecundo en expedientes para retardar una respuesta; nadie más apropiado para contar una mentira á su hora ó para despistar á un importuno. Dicen que combatió á los bárbaros; más bárbaro era él y quizás por eso les puso la ceniza en la frente á los otros. La cuestión es que obtuvo lo que le dió la gana haciéndose temer como cacique de esta frontera, y que contando con gentes como Zuazua, que sí era va-

liente y buen guerrillero, llegó á hacerse una reputación colosal entre los papanatas del centro, que tenían á este figurón por la primer persona de la Santísima Trinidad... Pero aquí conviene un ratito de reposo, porque el friito se explica más de lo que yo quisiera: á su salud... Le aconsejo que tome un poquito de alcohol, porque es la única manera de entonarse.

— Bueno, continuó don Manuel apretando el tapón de olote en la boca de la botella, bueno, pues este tal tiene tanta suerte, que cuando debía haber caído preso en Ahualulco, se volvió ojo reloj la Virgen te quiebre un ojo, y que cuando Zuazua murió él estaba cerquititas de la cama del difunto, á una distancia como usted y yo y resultó sin un rasguñito: quizás Dios le guarde para ser víctima de la ley de 25 de Enero del 62, como le decía Doblado... Por más que usted diga, no hay cosa más linda que este escozorcito que deja en la barriga el buen aguardiente. Eso no puede hacer daño...

¿En qué íbamos? ¡Ah, sí! en que éste es el pelado de más suerte que ha parido madre. No crea usted que esté de gobernador por el gusto que le dé repantigarse en la silla, ni por los honores, ni por la alegría de que le llamen excelencia: es con su cuenta y razón. Tiene en su poder todas las aduanas de esta frontera, desde Tampico hasta Piedras Negras, y tiene un yerno á quien le llaman tío Milmo, un irlandesote todavía más grandullón que

Vidaurri. Milmo es comerciante é introductor, y desde agua miel hasta agua cola, desde oro en barras hasta majada, todo lo importa y lo exporta sin pagar tlaco. Este es el nudo, el verdadero nudo de la dificultad. A Vidaurri no le importan liberales ni mochos, franceses ni intervencionistas, angélicos coros ni demonios coronados: lo que le importa es sus santísimas aduanas: el que se las deje es su amigo, el que se las quite es su enemigo á muerte.

Ya hacía tiempo que el gobierno andaba en la tarea esa: «devuélveme mis rentas, dame lo que me pertenece». Y Vidaurri con enfado: «nada te doy porque yo estoy muy bien hallado con ello; déjame en paz porque yo necesito esos dinerales para que me engorden el bolsillo».

Le escribió cartas al ministro Iglesias, le rogó se constituyera en influjo para que se le confirmara en la posesión de lo que creía pertenecerle, y sobre todo, se propuso intrigar para que don Benito y los suyos ni siquiera miraran por este rumbo. Pero el Presidente sentía grima de lo que estaba sucediendo, y una mañana ordenó la salida para Monterrey con todo el aparato que usted conoce; delante mandó á don Manuel Doblado, mi jefe, patrón, valedor, y hasta me atrevería á decir que amigo, para que se avistara con Vidaurri y pusiera en claro su actitud y sus intenciones.

Don Manuel se encontró á Vidaurri metido en la Ciu-

dadela, el edificio ese que se hizo famoso por la defensa contra los americanos. Allí estaba don Santiago en alta fuerza, con cañones, fusiles, pólvora, amigos y cuanto podía necesitar. El maldito estaba seguro de que las tropas del gobierno iban á atacarle, y como no podía mostrarse declaradamente hostil ni francamente favorable, empezó á hacer un papel ambiguo con que no se aclaraba pizca de sus intenciones.

— Señor don Santiago, le dijo don Manuel, vengo aquí como amigo, como viejo compañero suyo, á ver si logro que nos arreglemos y que cese esta situación embarazosa que pone tan satisfechos á nuestros enemigos y perjudica tanto á la causa.

— Pero siéntese, mi señor don Manuel, pase á lo barrido. ¿Gusta su mercé un *macuchito*? No sabe todo lo que me alegro de verle por esta su casa. Hable, que yo con mi franqueza fronteriza sabré contestarle. ¿He hecho mal? pues lo confieso; ¿he hecho bien? pues me sostengo en ello...

— Pues á esa misma franqueza fronteriza apelo para que me diga su sentir. Vale la pena de que dos hombres honrados se expliquen con verdad y sin apelar á subterfugios.

— Así me gusta, amigo don Manuel, así me gusta. Bien hizo el señor Presidente en mandarle por acá, que no podía haber elegido mejor emisario: usted y yo sí nos entenderemos.

— Y ante todo, señor gobernador, ¿por qué tiene usted su palacio tan lejos de la ciudad y tan alto?

— Este no es el palacio, señor don Manuel; esto es lo que impropriamente llaman aquí la Ciudadela, que es el obispado que levantó el obispo Llanos y Valdés.

— Y como tal Ciudadela estará apretada de municiones de boca y de guerra.

— ¡Qué va á estar! no, señor; sino que allá, en el palacio, en el centro, es todo tan frío, tan frío, que la pobre de mi mujer se me pone á la muerte; y yo le digo: «pues vámonos á la Ciudadela, que allí sí hace buen tiempo», y aquí estamos viviendo mientras que pasa el invierno.

— Pues aquel palacio ha de estar helado, exclamó don Manuel echando la vista á los anafres, estufas, braseros y chimeneas que estaban distribuídos en la pieza.

— Es una nevera, señor, una positiva nevera.

— Pues vamos á nuestro asunto, señor don Santiago.

— Eso es, amigo don Manuel; vamos á nuestro asunto.

— El señor Juárez desea saber cuál es la actitud de usted y qué es lo que pretende hacer; si está conforme con la marcha de los negocios, si tiene que hacer alguna indicación, si ha de cumplimentar las disposiciones del ministerio de Hacienda sobre devolución de aduanas, y en fin, todo lo que pueda servirle de norma para proceder.

— Amigo don Manuel, dijo el otro dándole un chupe-



— Eso es, amigo don Manuel; vamos á nuestro asunto.

tón al cigarro y mirando al suelo como abrumado; son esas muchas preguntitas y la verdad es que no sé cómo lograré contestarle. Córramela despacio y hablaremos, porque...

— Bien, señor don Santiago, ¿cuál es la idea de usted sobre la defensa nacional?

— ¡Ah! exclamó el taimado viejo cerrando los ojos, mis ideas... mis ideas sobre la defensa nacional... Pues mire usted, don Manuel, de usted á mí, sin que esto se sepa... porque al fin no hay necesidad, yo tengo mis ideas.

— ¿Y cuáles son? ¿se pueden conocer?

— Óigame usted, á un amigo como usted sí se las puedo dar á conocer; pero á otros, á ese Lerdo que don Benito tiene ahora de ministro, y á Iglesias y á toda la camarilla, nada les diré.

— Pues le agradezco á usted la confianza... ¿Y cuál es el pensamiento?

— Se lo voy á decir á usted; cosas que se le ocurren á uno...

— Sí...

— Pues muy sencillo. ¿Sabe usted lo que aquí se necesita? Se necesita, — y acercó su silla al sofá en que se sentaba Doblado, — se necesita... «la adopción de un pensamiento salvador, otros hombres y otras obras».

— ¿Y el plan?